

## SONDEO EN TORNO AL AMBIENTE DE LA PRIMERA COMUNION

### INTRODUCCIÓN

Junto a la ausencia de vida religiosa en el ambiente actual de un mundo descristianizado, podemos observar la pervivencia de formas muertas, hijas de un ritualismo sin alma. Estas formas han ido llenando de «contenido social» cuanto iban perdiendo de sentido religioso. Todos estamos persuadidos de ello.

La incorporación a la Iglesia del recién bautizado, la primera recepción eucarística, la unión sacramental de hombre y mujer, pueden y deben hallar eco en los aspectos «profanos» de la vida ordinaria. La repercusión que un acto religioso tenga en la familia y en los allegados con una celebración que acabamos de calificar de profana, puede ayudar a hilvanar todos los acontecimientos del existir cristiano con la idea de tributo amoroso a Dios. El «ora comáis, ora bebáis...» paulino.

Pero justo es reconocer que, en algunas ocasiones, el Sacramento (Bautismo, Eucaristía o Matrimonio), más que signo de la gracia, es para algunos cristianos de espíritu depauperado el símbolo de una fiesta familiar o social. Lo «profano» toma en estos casos cierto matiz de profanación cuando se sirve de lo religioso para una mera justificación del espectáculo <sup>1</sup>.

La persuasión, a la que aludíamos anteriormente, necesita de la evidencia dada por los hechos, bien para reavivar las ideas, bien

---

<sup>1</sup> El arzobispo de Bourges recriminaba en una carta pastoral a unos desaprensivos fieles de su diócesis. Habían incluido el siguiente número en un programa de festejos: «baile de primera comunión».

Lamentablemente, con programa o sin él, ese número y en la misma circunstancia, sabemos que no es privativo de la diócesis francesa.

para llevar estos criterios a una justa y necesaria acción. Las reflexiones que siguen intentan, no ya inculcar criterios a educadores y catequistas, sobradamente convencidos y opuestos en su sentimiento y pensamiento al modo «ritualista» de esa celebración, sino impulsar a la misma acción. ¿Por qué nos detenemos —quién rompe el muro de la costumbre, de lo ya establecido— en el umbral de las realizaciones? No sería esto tan peligroso si el leve sentimiento de culpabilidad no se viese, a veces, ahogado por un vago y opuesto sentimiento de complacencia ante el oropel del espectáculo.

Los que con preocupación pastoral hayan asistido a «esta fiesta», se habrán sentido en ocasiones cómplices de una «brillante mentira»<sup>2</sup>, a menos que hayan preferido seguir fijando la mirada en el retablo de las maravillas de una religiosidad inexistente.

La primera comunión no es para algunas familias un final de etapa en la educación progresiva de la fe. De modo especial, en ciertas naciones, con el rito de la comunión solemne se cierra la etapa final, no ya de la educación, sino del mismo compromiso social de la fe. Cae fuera de los propuestos límites de este artículo el buscar las causas y el señalar remedios a un mal cuyo complejo antecedente puede reducirse a la descristianización de nuestra sociedad. Buscamos sólo manifestar la inconveniencia de las costumbres actuales en la celebración de la primera comunión. De unas costumbres que en lo que a exterioridad se refiere, favorecen muy poco el desarrollo del sentimiento religioso del niño.

El estudio se centra en el ambiente de la Primera Comunión. En ese ambiente reflejado en el alma cristalina infantil.

Nos fijaremos en dos aspectos fundamentales: teniendo por guía el ambiente religioso del hogar, probaremos que la atmósfera de fiesta social que rodea a la primera comunión es consecuencia más o menos inmediata de falta de religiosidad. Y en la misma dirección, aunque en sentido opuesto, probaremos igualmente que este ambiente enrarecido puede sofocar el sentimiento religioso que los padres o educadores han ido despertando en el alma infantil.

Con ello, de un modo implícito, intentaremos que la misma demostración de estos hechos lleve a realizaciones concretas y prácticas.

---

<sup>2</sup> Un poco atrevida, aunque no por eso carente de sentido real, me parece la denominación de «trompeuse parade» con la que Georges MOLLARD llama a «estas fiestas» de primera comunión: *La Maison-Dieu*, núm. 28, septiembre 1951.

## LA EXPERIENCIA.

Si la introspección es siempre dificultosa, en las primeras etapas de la vida es casi imposible. También a los adultos resulta ardua la tarea de penetrar en el espíritu del niño. El método más adecuado para introducirse en el alma infantil es volcarla en moldes y observar su contenido. Preguntarle al niño lo que quiere, lo que siente... Y, aun así habrá que buscar la conformidad de su expresión con la vivencia, evitando la posibilidad de una tergiversación más o menos consciente.

Dejé por ello la entrevista personal que en principio juzgué más segura. Observé que el niño suele imprimir una dirección a sus respuestas acorde con el sentido y finalidad —que ignora, pero que intuye— entrevistos en aquel religioso que en circunstancia especial le interroga. Lo mismo me pasó con una serie de preguntas a las que debían responder por escrito. En las contestaciones dadas a mis preguntas —enumeración de acciones en las que debían manifestar su preferencia; sentimientos tenidos antes y después de comulgar; deseos de comulgar con frecuencia, etc.— encontré un querer amoldarse a una actitud ideal, más que a reflejar de la situación real.

Puede obedecer esta postura a una serie de residuos impersonales del ambiente escolar (particularmente si es religioso). Las iterativas exhortaciones y reflexiones dan la frase hecha a la expresión, no siempre necesariamente acorde con el sentimiento. Suelen indicar como medio práctico para salvar todos estos inconvenientes valerse del juicio crítico que emite el niño ante una serie de historietas donde él *se compromete* en un problema intencionalmente objetivo.

Pero si esto pudiera ser utilizable en un estudio de las características generales de la religiosidad infantil, no parecía muy adecuado para el caso concreto que pretendía analizar. Opté por una forma que al mismo tiempo que me permitiese llegar al fin propuesto, eliminase en lo posible los inconvenientes señalados.

Escogí una sola pregunta. Atendí a su contenido y al modo de formularla. Para no sacar al niño de su ambiente habitual, fueron los mismos profesores los que aplicaron la prueba, dentro del reglamento de clase. Como si fuese un ejercicio escolar más. La contestaron los niños dos o tres días después de su Primera Comunión, para que brotase espontáneo el recuerdo evocado.

He dicho anteriormente que me concreté a una sola pregunta. Adaptada al mundo prelógico del niño, la pregunta se dirigía a su

mundo afectivo. Normalmente, el primer comulgante debería reflejar su sentimiento religioso en el recuerdo de la impresión que el trascendental hecho del contacto sacramental con su Dios dejara en su espíritu. La pregunta estaba formulada así:

*¿Qué es lo que más recuerdas del día de tu Primera Comunión?*

«La pregunta —en acertada expresión de María Fargues— penetra como un bloque indivisible en el fondo de la conciencia y provoca una respuesta refleja.» Quizá se pueda argumentar que la pregunta es un tanto indefinida y general. Esto se pretendía. Que fuera lo suficientemente vaga e imprecisa para que la respuesta refleja del niño fuese la que la fijase; y lo imprescindible para no confundir al niño o dejarle perplejo respecto a lo que se exigía de él. Un fallo en este aspecto dificultaría la interpretación posterior.

Esta vaguedad puede encerrar el peligro de que en contados casos la interpretación por parte del niño del sentido concreto de la pregunta siga las leyes de un azar caprichoso. La inseguridad en la interpretación de la pregunta por el niño quita un margen de seguridad a la interpretación y elaboración posterior. Mas preferí correr el riesgo de que en la clasificación de algunos, escasos, testimonios fuese dudosa, ya que no restaban validez al grupo, antes que partir de una postura inicial falsa. Admitido cierto porcentaje de error, no pierde por ello fuerza probatoria el testimonio del conjunto.

Es curioso observar que en la mayoría de las respuestas, «al doblar» la pregunta, el niño la enuncia así: «Lo que más *me gustó* fue...» No creo hubiese dado lo mismo formulándole la pregunta de este modo: ¿Qué es lo que más te gustó? El recuerdo es un ancho portón abierto al alma infantil para dar salida a mayor número de vivencias que si se abre la entornada y caprichosa puerta de sus gustos. Aunque se hallen en muchos casos identificados gusto y recuerdo, la palabra *gusto* puede fijar la atención de la pregunta sobre el aspecto más sensible del significado de la palabra.

Si por huir de la «actitud escolar» —que señala María Fargues—, en este caso adjetivada por la ambientación religiosa que rodea al niño, jugué la partida a una sola carta, a una sola pregunta... ¿es justo deducir de ella una clasificación con garantía de validez?

Me falta antes exponer otra de las características fundamentales de la prueba: La clasificación, indirectamente, venía dada de antemano por el conocimiento, unas veces, adquirido personalmente, y

otras, a través de los profesores, *del ambiente religioso de la familia del niño*. Punto de partida de inapreciable valor. En esto radica, a mi entender, el valor de la prueba: poder saber la correlación, que resultó casi perfecta y extremadamente significativa, entre la vida religiosa del hogar y la del sentimiento religioso expresado en las respuestas. Se necesitaban los datos precisos a los que he hecho referencia: el conocimiento experiencial de la vida cristiana familiar daba seguridades a una prueba que intentaba corroborar las deducciones lógicas que proporcionaba aquel conocimiento. Las respuestas dadas por los chicos probaban, a su vez, que eran índice fiel de una determinada situación familiar.

El niño, el primer comulgante, que refleja el ambiente del hogar como la gota de rocío el paisaje, nos servirá de espejo para la visión del mundo que le rodea. Esta afirmación es particularmente válida para los casos extremos de una educación profunda y acertada de la religiosidad o de una formación sin espíritu cristiano.

#### DÓNDE SE HIZO LA PRUEBA.

El trabajo exigía previamente haber estado cierto tiempo en contacto con las familias, haber logrado el conocimiento de ellas por otros profesores de los centros escolares. Esta circunstancia y el número limitado de niños que reciben la primera comunión cada año explica el que haya necesitado cinco o seis años para obtener los trescientos ochenta y siete testimonios válidos de primeros comulgantes.

La prueba está hecha en población escolar de colegios dirigidos por religiosos. Precisión esta última que creemos necesaria.

Los niños a quienes se interrogó pertenecían: ciento ochenta y cinco, a un colegio de Madrid (clase acomodada); ciento treinta y cuatro, a un colegio de Melilla (clase media), y sesenta y ocho, a unas escuelas de Madrid (clase humilde).

La diferente clase social pudiera establecer cierta discriminación. Hay factores que actúan sobre niños de clase acomodada y que no llegan a ejercer su influencia sobre los de modesta condición. El apartado de los regalos, que aparecerá posteriormente en nuestro estudio, entra de lleno en este punto.

Hemos polarizado todos los factores sobre el «ambiente religioso». El matiz diferencial citado y otros aspectos, cuyo detenido análisis

nos llevaría a contrastaciones orientadoras, caen fuera de nuestro propósito y nos distraerían del tema.

#### LOS RESULTADOS Y SU INTERPRETACIÓN

He repartido las respuestas en los cuatro campos formados por dos coordenadas ideales: la ordenada de la atención preferente a lo espiritual y la abscisa de la atención prestada a lo ambiental externo. Así nos encontramos con estos cuatro grupos fundamentales:

Grupo A. Respuestas de contenido exclusivamente espiritual.

Grupo B. Respuestas de contenido primordialmente espiritual, pero en las que no falta lo ambiental externo.

Grupo C. Respuestas donde lo religioso no tiene el sitio preferente que ocupa en el grupo anterior, sino entremezclado y confundido, aparentemente en el mismo plano, con las realidades exteriores.

Grupo D. Respuestas donde no aparece ningún vestigio religioso.

En esta clasificación se reparten así las trescientas ochenta y siete respuestas:

Grupo A. Treinta y una, que expresado en porcentaje, nos da un 8 por 100.

Grupo B. Ciento veintitrés, que expresado en porcentaje nos da un 31,5 por 100.

Grupo C. Noventa y seis, que expresado en porcentaje nos da el 24,9 por 100.

Grupo D. Ciento treinta y siete, que expresado en porcentaje nos da el 35,6 por 100.

Para la clasificación, como para el análisis, atendemos, para mayor seguridad, al conjunto. El perfil de los grupos es lo que prácticamente nos interesa. Insisto en esta idea, con referencia a las posibilidades de error que admitía al hablar de la clasificación de los sujetos.

Aún más. A estos datos, fijos en su rigidez matemática, tenemos que concederles un campo de variabilidad lo suficientemente amplio para abarcar todas las posibles modificaciones circunstanciales. No obstante esto, podemos y debemos valernos de su testimonio indi-

cativo, ya que basta su aproximación en la finalidad orientadora que buscamos.

Sea de esto lo que fuere, y aun admitiendo todos y cada uno de los postulados anteriores, más que desvirtuar mis afirmaciones, acentúan su significado, de cara a la conclusión. Porque estamos mirando al niño como espejo de un ambiente. Hemos afirmado antes la correlación casi perfecta entre vida cristiana del hogar<sup>3</sup> y la manifestación del sentido religioso del niño. Según eso, el contacto personal con Cristo, culminación de un proceso educativo de la fe, enraizada en el sentimiento religioso del niño, no podría escapar al recuerdo inmediato.

Un hecho salta a la vista: el elevado porcentaje de niños para quienes el recuerdo vaga sobre las mil superfluidades del día. Corresponde el mayor número a los que no manifiestan ninguna huella de sentimiento religioso. Aventurado es afirmar si esta huella existe o no; si está oculta bajo los aspectos más sensibles, más al alcance de sus sentidos, o bien el niño no ha acertado a expresar una vivencia íntima que él no incluyó en la categoría del recuerdo.

Si la familia no ha seguido el proceso educativo de la fe, si falta el sentimiento religioso, la preparación en la escuela o parroquia cae en el saco sin fondo de un alma infantil sin sensibilidad para lo sobrenatural. La Primera Comunión puede quedar reducida entonces, para el niño, al formalismo de unos actos exteriores. O bien, o conjuntamente, lo sobrenatural no aflora lo suficiente y queda como ahogado en el recuerdo.

No adelantemos consideraciones, ni saquemos conclusiones a las que nos va a llevar de la mano el análisis de cada uno de los grupos.

#### EL GRUPO «A».

Una fórmula general puede servir de expresión unificada a lo que los treinta y un niños recuerdan más del día de su primera comunión: *haber recibido a Jesús*.

Un ambiente familiar cristiano, no de simples bautizados, prisioneros de su bautismo, es únicamente el que puede despertar en el alma infantil el ardiente deseo del encuentro con su Dios. Un Dios sacramentado también en las actitudes de sus padres. Un Dios que

<sup>3</sup> La clasificación de las familias, sin un módulo rígido, se distribuyó en cuatro grupos atendiendo a su mayor o menor religiosidad. Se miraba especialmente a los grupos extremos ya que los dos centrales no tenían una diferenciación clara.

la catequesis familiar <sup>4</sup> complementada, y sólo complementada, por la catequesis parroquial o colegial, ha ido mostrando al niño en los misterios de amor de la Encarnación, Redención y Eucaristía. Es muy lógico, pues, para la lógica sentimental del niño en la edad de su Primera Comunión que Jesucristo ocupe por derecho propio todo el campo de su conciencia. De una conciencia asombrada por la magnitud del misterio que llega a entrever: Ese Dios superior a sus padres, ese Dios a quien todos adoran y reverencian, ese Dios Creador del cielo y de la tierra, ese Dios dueño de la vida y de la muerte, ese Jesucristo de Belén, de Nazaret, de los milagros de Caná y del Mar de Galilea... es el que viene a su alma. La vida intelectual que empieza y la intensa vida afectiva del niño tienen forzosamente que quedar marcadas con la señal de tan singular acontecimiento. El recuerdo obligado para el primer comulgante ha de ser el de la presencia de Jesús en su alma. Esta tenía que ser la respuesta normal de los niños criados en una casa donde sus miembros se sienten unidos a Jesucristo y circula la savia de vida cristiana: Lo que más recuerdo es haber recibido a Jesús.

A través de una vacilante caligrafía y algo deficiente ortografía, que hemos corregido en atención a los lectores, se ven los trazos firmes y sublimes de la obra silenciosa de Dios en estas almas inocentes. Es un recreo para el espíritu ir leyendo todos estos testimonios, en los que se transparenta la gracia de Dios en el alma limpia infantil.

Hemos señalado anteriormente el caso curioso observado en bastantes hojas. Es el encabezamiento de la respuesta dada a la pregunta. A la fría expresión *qué es lo que más recuerdas*, corresponde la cálida frase: «*Lo que más me gustó*»..., para sacarnos de dudas de que el recuerdo infantil es cristalización de sus sentimientos.

La fórmula general tiene en algunos casos matices expresivos característicos. Pongo a continuación algunos más propios.

«Lo que más recuerdo es el haber recibido la Hostia *donde está* Jesús.»

«Lo que más me gustó fue el haber recibido con fervor a Jesús, *y a la Virgen* (!), y tenerles en el corazón.»

---

<sup>4</sup> «Y cómo os alegraréis, con incomparable gozo, cuando podáis dejar sitio entre vosotros dos a una cabecita de ángel de ojos cándidos que junto a las vuestras se alzarán para recibir sobre los labios inocentes la Hostia blanquísima, en la que *le habréis enseñado* que está presente su querido Jesús.» (Pío XII en su alocución a recién casados el 12 de noviembre de 1941.)

La falta de «precisión» teológica no impidió a este niño recibir fervorosamente a Jesucristo.

Al expresar sus recuerdos, no falta quien repite la oración que seguramente hizo en aquel sagrado momento:

«Lo que más recuerdo fue tener a Jesús en mi corazón. Jesús, te pido por todo el mundo (¡qué sentido eclesial!), *para que vayan al Padre*» (reminiscencia literal de algún catecismo, según deja entrever la frase).

«Lo que más recuerdo es cuando recibí al Señor, e iba bajando por las escaleras con mis manos juntitas para darle gracias al Señor.»

«Tenía ganas de recibir a Jesús por primera vez. Tuve mucha emoción de acercarme a recibir a Jesús. *Por ahora, mi Primera Comunión ha sido el día más feliz de mi vida.*»

«Lo que más me gustó fue el haber comulgado en aquel día tan hermoso y tener a Dios en mi corazón.» (¡Qué hermosa realidad del sueño machadiano: «Soñé bendita ilusión...»!)

Junto al candor inigualable de unos:

«Lo que más recuerdo es haber recibido a Jesús en mi alma limpia.»

«Lo que más recuerdo es "*querer*" a Jesucristo y recibirle.»

«Lo que más me gustó es cuando me puse a pensar en Jesucristo cuando me dieron la Hostia.»

Está el acento lírico de otros:

«Me alegré mucho cuando vino Jesús a mi pecho.»

«Lo que más recuerdo es el que viniera Jesús a mi alma. Me puse muy contento.»

«Lo que más recuerdo fue tener a Jesús en mi pecho. Fui muy feliz *y le dije muchas cosas*»<sup>5</sup>.

Y hasta no falta, alma delicada ciertamente, quien, con sobrado juicio, dice:

«Me ha gustado mucho cuando comulgué y recibí al Señor; cuando nos fuimos al sitio, no me gustó, porque algunos niños hablaron.»

A la mirada menos perspicaz no pueden escapársele los delica-

---

<sup>5</sup> Refería el llorado Papa Juan XXIII a unos cuarenta niños pobres que tuvieron la singular dicha de recibir por vez primera el pan de los ángeles de manos del Pontífice, que el recordado día de su Primera Comunión había tenido con Jesucristo un coloquio sin palabras pero que le quedó impreso, luminoso y presente para toda la vida». (Alocución a niños del popular barrio romano del Transtévere. Casa llamada de Ponterotto. *L'Osservatore Romano*, 24 de mayo de 1959.)

dísimos matices y la hondura sublime de estos sentimientos, que hieden sus raíces en las virtudes infusas del bautismo.

Si bien la gracia tiene a veces —y más en circunstancias excepcionales como ésta— actuaciones de menos fácil explicación, que no van a tono ni con el ambiente ni con las personas, el que palpemos aquí esas huellas de la acción prodigiosa del Espíritu Santo se debe, en parte, a la tarea educativa de la familia. Esta labor, al fin y al cabo, no es sino cooperación a la gracia, y posibilita, o facilita más bien, el misterioso trabajo de Dios en el alma.

Suponemos, con una suposición de certidumbre desconocida, que el Espíritu Santo opera en muchas almas por caminos sabidos sólo por la gracia, allí donde se cierran las vías ordinarias. La catequesis en niños de ambiente descristianizado nos muestra muchos ejemplos donde el catequista, admirando el misterio, no tiene sino que seguir los trazos de una obra inefable... que encuentra hecha.

Con todo, en nuestra experiencia, ha de recaer forzosamente la atención sobre el aspecto educativo familiar. Ante los resultados vistos anteriormente, podemos pensar no sólo que la labor más eficaz es la del hogar, sino que cuando existe un fondo cristiano, a los otros elementos del ceremonial de la comunión que vamos a tachar de negativos da el niño su justa valoración. Recibirá regalos, le gustará el traje, pero lo más trascendental para él, y en un plano inconfundible con todas estas bagatelas, *será haber recibido a su Dios*. La manifestación de este exclusivo recuerdo parece darnos a entender esto.

#### EL GRUPO «B».

El hecho de que hayan aparecido en el recuerdo del día de su Primera Comunión otros elementos profanos, además del factor religioso, no es criterio suficiente para juzgar al niño, concretamente a este niño, como de menos sentimiento religioso o como deficientemente preparado. Son normales estas respuestas aun en niños de familias muy religiosas.

El perfil del grupo sí nos resulta significativo. La diferenciación respecto del grupo anterior está en que estos ciento veintiún niños, aun cuando den *prioridad* en la enumeración al recuerdo de haber recibido a Jesús, su atención se desparrama en una pluralidad de motivos.

Entre éstos, los regalos, el traje, el desayuno, las ceremonias, la renovación de las promesas del Bautismo, son los principales.

Acusan en ellos, moderadamente, los efectos del ambiente. Nada se puede objetar en contra de los regalos si en la familia se vive la auténtica jerarquía de valores. Valoración que trasciende a los hechos más comunes de la vida ordinaria.

Pero si en la familia no resalta bien el valor religioso, cobran relieve los dones superfluos, por cuanto más sensibles al niño.

La fórmula general de este grupo pudiera enunciarse así: «*Lo que más recuerdo es haber comulgado y haber recibido muchos regalos.*»

He incluido en este grupo a un niño, sacrificando el espíritu a la letra. Pertenece, sin duda, al grupo primero. Hijo de una familia extranjera muy religiosa, que supo hermanar el sentimiento religioso del hijo con sus gustos infantiles. Así expresó su recuerdo:

«Lo que más me gustó fue recibir a Jesús; *luego*, también los regalos.»

Expresión muy lograda, que nos ahorra el comentario. *Lo que más...*, *luego*. Toda una norma.

Veamos también otros casos con algunas características especiales dentro del patrón común, puesto como fórmula general:

«Lo que más recuerdo fue tener en mi corazón a Jesús, y el mecánico y los bombones que me dieron.»

«Lo que más me gustó fue recibir la Hostia y el banquete que tuvimos en casa y los regalos.»

«Lo que más recuerdo fue comulgar y los regalos de mis padres y de mis abuelitos.»

«Lo que más me gustó fue recibir a Jesús y los regalos que me hicieron.»

Una interpretación literal no nos autoriza a la censura. Mas todos sabemos qué realidad reflejan estas palabras. «El excesivo boato y exagerada atención a lo accesorio —observa atinadamente el Obispo de Jaén— harán que menosprecie el niño la comunión ordinaria, al no sentirse admirado y regalado como entonces, si no *se le hizo ver el porqué* de tanto esplendor»<sup>6</sup>. Hacerles ver el *porqué* de los regalos no es posible con la vacuidad de una frase que no esté respaldada por una intensa y continuada educación cristiana.

<sup>6</sup> Cf. *Ecclesia*, 15 de julio de 1961, pág. 11.

«Lo que más recuerdo fue la comunión, las poesías, el banquete y el Obispo.»

«Lo que más me gustó fue recibir la Hostia y lo bonitos que estaban los bancos y la iglesia, y la caja de bombones.»

«Lo que más me gustó fue comulgar, el chocolate y los regalos que me dieron.»

Podríamos traer más ejemplos. La calidad del género y el corte es el mismo. Varía, si acaso, el colorido. Hay algo sensiblemente delicado que los separa del grupo anterior. No es sólo estos sobreañadidos (traje, obsequios, ceremonia), es, además, el corte expresivo, frío, de la frase que retrata su experiencia religiosa.

«Lo que más recuerdo fue recibir a Jesús y el reloj de oro que me dieron.»

Carecemos de perspectiva para ver si el niño sitúa en un mismo plano realidades tan dispares.

«Lo que más me gustó fue tener a Jesús en mi alma y el circo americano.»

Hiere un poco el sentimiento religioso este maridaje tan inoportuno de lo sacro y lo profano. Es el fruto temprano de la empobrecida sociedad actual, espiritualmente hablando.

La preocupación por el traje está patente en numerosos niños. No insisto en el comentario porque quizá sea uno de los temas de los que más se ha ocupado la pastoral sobre la Primera Comunión. He leído atinadas observaciones en *Ecclesia* y otras revistas, no han faltado comentarios en algunos diarios, y varias curias episcopales han dado normas concretas respecto al «problema del traje»<sup>7</sup>.

Deja cierto amargor leer: «Lo que más recuerdo fue recibir la

<sup>7</sup> Tres hechos de experiencia personal:

Una cristianísima familia, pero de muy modesta posición social trajo a su pequeña para recibir por vez primera al Señor. Iba vestida decorosamente, con ropa de estreno pero de uso corriente. La conformidad de la niña lograda en el hogar tras muchas consideraciones se quebró al integrarse a un grupo en el que «desmerecía». Cuando intentaron sacar la foto del grupo se retiró avergonzada y llorosa.

Otra familia pobre a la que conocíamos porque frecuentaban sus hijos la catequesis dominical. En uno de mis viajes a la capital de España coincidí con la madre. Iba a Madrid para alquilar un traje, ya que no podía costear el lujo de hacer uno a la niña. El traje alquilado fue el mejor del grupo. La pequeña lucía con una excesiva suficiencia vanidosa. Era en aquella ocasión un escaparate de la vanidad materna.

Conocía un padre que no vistió a su hijo con las galas de primer comulgante «por seguir las indicaciones pastorales». Recuerdo aquel rostro triste de un niño ordinariamente alegre. Acusaba los efectos de una supuesta humillación, sobre todo cuando estaba reunido con sus compañeros.

hostia y que mi traje era de los más bonitos»<sup>8</sup>. Esta vulgar añadidura nos hace entrever un mundo distinto en esta alma infantil de las que vimos en el apartado anterior.

Las fotos o películas que se sacan durante la ceremonia (sin respetar siquiera la intimidad del momento de recibir la sagrada Forma), los exagerados adornos de reclinatorios y bancos, la música orquestada, las complicadas evoluciones del coro de monaguillos... distrajerón a bastantes chicos. No debemos extrañarnos de ello. El niño tiene su escala valoral ajustada al elemento sensible. Dios se le sensibilizará más cuanto más veamos estos aspectos exteriores o enseñemos al niño a descubrir el vínculo que los une a la finalidad esencial.

Párrafo aparte merece la ceremonia de la renovación de las promesas del bautismo. Su aparatosidad la hace aparecer a los ojos del primer comulgante como la acción litúrgica fundamental. Además, como actúa de ordinario individualmente, cara al público, y no puede dejar de sentir su marcado carácter emotivo, la pervivencia en el recuerdo está justificada. Es rara la hoja donde no se alude a esta ceremonia. ¿No sería mejor una renovación *colectiva*, como se hace en la liturgia de la vigilia pascual? Opino que esto necesita una poda en la rama de la espectacularidad.

La pomposidad externa con la que se reviste el día de la Primera Comunión entraña el peligro de que el niño se quede perdido en ese ramaje, y no llegue a captar el hondo sentido del misterio eucarístico. Más lamentable aún en su proyección social. A veces, la fiesta de la Primera Comunión desequilibra por unos meses la economía de

(8) En el diario *Ya*, en mayo último, el dibujante humorista Mena ridiculizaba las exageraciones llevadas a cabo en los trajes de Primera Comunión. Ponía esta frase en labios de un Primer comulgante que dialogaba con un engalanado portero de hotel: *¿Tú también has hecho hoy la Primera Comunión?*

Un poco de caricatura puede parecernos. Podemos admitir estos rasgos en la anécdota, pero no han faltado hechos que han dado trazos característicos para ello. El Obispo de Ciudad Rodrigo recomendaba un poco más de modestia y algo menos de fantasía en algunos trajes, particularmente de niñas. Citaba casos de niñas vestidas de Santa Teresita (sin faltar el ramo de flores y el gran crucifijo), y alguna llegó a vestirse hasta de Virgen de Fátima. (Cf. *Ecclesia*, mayo de 1954.)

En un sabroso artículo don Lamberto de Echeverría refiere el insólito caso de una chica que hizo la Primera Comunión vestida de Sagrado Corazón con las llagas pintadas en sus manos. (Cf. *Ecclesia*, 21 de mayo de 1952.)

¿Quién puede imaginar los límites de la imaginación?

La acertada iniciativa del Arzobispo de Pamplona, Dr. Delgado Gómez, de recomendar un sencillo traje talar, una decorosa y elegante túnica, va abriéndose camino en toda España.

una casa. Y, además, esta ostentación de lujo en algunos, que se traduce en humillación para otros, ha impedido en bastantes ocasiones el que hijos de familias humildes se acercaran a recibir a Cristo. Un Cristo que debe estar aborreciendo tantos formulismos y convencionalismos sociales, que ahogan su voz: «Dejad que los niños se acerquen a mí.»

Una cosa práctica hemos sacado ya en este segundo paso dado. Evidenciar la influencia nociva de un ambiente. En el tercer grupo, esta influencia se hará más manifiesta.

#### EL GRUPO «C».

Este grupo pudiera confundirse con el anterior, si no hubiésemos fijado el orden (al que atribuíamos una significación valoral por parte del niño) como criterio de apreciación del sentimiento religioso infantil. Criterio arriesgado quizá, pero del que, aun poniendo en duda su validez, no compromete en nada la firmeza de las conclusiones de este sencillo estudio. Están fundamentalmente apoyadas éstas en los casos extremos, y poco quitaría a su estabilidad el que identificásemos a estos dos grupos intermedios.

Podemos pensar que el niño, aun habiendo respirado un ambiente cristiano en el hogar y recibido una preparación inmediata adecuada, a la hora de fijar sus recuerdos ponga en un mismo presente e invierta, según la mayor proximidad, la comunión fervorosa que hizo y los regalos que recibió. Si, como en la mayoría de los casos, sigue en contacto físico con sus regalos (juguetes, medallas, plumas, libros, bombones, etc.), parece lógico que en el tropel confuso de sus recuerdos sean los de más fácil y próxima evocación los que pugnen por salir.

Esto no quita el que, por muy natural y lógico que nos parezca, podamos sospechar que el niño no ha logrado intuir el valor religioso del acto de la Primera Comunión. Quizá por culpa de un ambiente donde no toma formas sensibles el sentimiento religioso. No me muevo en el terreno de la pura hipótesis, ya que, lo repito nuevamente, el conocimiento de las familias confirmaba que la estimación de valores en los niños correspondía a la de sus padres. Revisando las contestaciones de los noventa y seis chicos que integran este grupo, se aprecia fácilmente que el niño se ha hecho eco de la

primordial significación social que han dado sus padres a un acto de gran contenido religioso<sup>9</sup>.

Los regalos, el traje, el desayuno, etc., se sitúan aquí en un primer plano. El motivo religioso aparece envuelto en la barahúnda de múltiples y varias superfluidades.

«Lo que más recuerdo —dice uno— son los bombones, los recordatorios, comulgar y el desayuno.»

«Lo que más recuerdo es cuando nos hicimos una foto con el Hermano y con el Obispo y la renovación de las promesas del Bautismo y cuando comulgué.»

«Lo que más me gustó fue el traje, los bombones, recibir a Jesús y el desayuno.»

«Lo que más recuerdo es el banquete, los regalos, cuando comulgé, y que me dijese mi mamá que había comulgado muy bien.»

«Lo que más me gustó fueron los regalos, la renuncia, los pasteles, y recibir al niño Jesús.»

«Lo que más recuerdo fue la fiesta que tuvimos en casa, los recordatorios, el circo y comulgar.»

«Lo que más me gustó fue el Niño Jesús de oro (¿medalla?) que me regalaron, era muy bonito; los bombones, el desayuno en casa de mis tíos y cuando recibía la Hostia.»

En este último ejemplo, Dios se halla casi velado por la imagen. Los anteriores, y tantos otros cuya similitud excusa el que los ponga aquí, muestran a unos niños cuyo sentimiento se halla disperso en variedad de estímulos.

Es difícil buscar una solución práctica a este problema, que se adentra en la constitución familiar y se concreta en un convencionalismo social.

#### EL GRUPO «D».

La sumisión a ese convencionalismo social explica el que bastantes familias descristianizadas, con poca o ninguna vida religiosa, sigan con ese ritualismo y no dejen estas prácticas. La Primera Comunión de sus hijos se reduce en ellas a un compromiso costumbrista.

<sup>9</sup> En el mismo diario *Ya*, antes citado, aparecía un anuncio muy dentro de este ambiente. Lo transcribo entero: Debajo del título de grandes caracteres «Una novedad que le interesa», precisa otro: «*Manuales de vida social práctica*». Y sigue el texto: «Con su ayuda, usted sabrá en todo momento cuanto debe hacer o evitar, cómo organizar fiestas, preparar buenos menús, comportarse en sociedad, y distinguirse entre sus amistades». Y concluye: «Volúmenes publicados: ¡La Primera Comunión!». (*Ya*, 3 de mayo de 1963.)

Faltos del sentimiento religioso, la preparación inmediata no penetra en lo más íntimo de la conciencia de los niños, maniqués de las manifiestas tendencias de sus padres. Los mismos motivos que hemos visto en los dos grupos anteriores, y que apartaban la atención infantil del motivo central, aparecen nuevamente aquí: banquetes, traje, regalos... Pero sin tener siquiera por telón de fondo algún motivo religioso que justifique su aparición en escena. Están ahí, por lo mismo que se hallan en un cumpleaños o en otra cualquier conmemoración familiar. Para el niño, quizá, con menos significación.

Cristo está ausente del recuerdo del niño. Tuvo que tener conciencia de El en el momento de recibirle, pero no le impresionó demasiado.

«Lo que más recuerdo fue la tarta helada, el mecano y el traje que era muy bonito.»

«Lo que más recuerdo son los pasteles, y las quinientas pesetas que me dieron mis tíos.»

«Lo que más recuerdo fue la película, el desayuno, los regalos, el traje y los zapatos.»

«Lo que más me gustó fue el traje, lo bonito que estaban los bancos y el altar, el baile que *tuvimos* en la terraza y los bizcochos.»

«Lo que más recuerdo fue las fotos, el Obispo, el desayuno, las poesías y el tren eléctrico.»

«Lo que más me gustó fue el traje, el rosario de plata, el chocolate y la caja de bombones.»

«Lo que más me gustó fue el circo, las estampas, y que desayuné junto al Obispo.»

«Lo que más recuerdo es que, cuando llegué a mi casa, las muchachas me regalaron bombones y caramelos, y el traje, que era muy bonito, y el desayuno, y el libro de fotos que me regaló mi padre.»

«Lo que más recuerdo es el circo americano, que fue lo que más me gustó ese día. También la fiesta que tuve en casa con mis amigos, aunque me mareé (¡¿?!).»

Estos ejemplos, citados intencionadamente sin comentario, para que se pueda observar más fácil y profundamente su vacuidad, y cómo el espíritu desintegrado del niño se halla vaciado en mil superfluidades, pueden servir de patrón a los ciento treinta y siete que forman este último grupo. Basta con hacer la enumeración de los objetos un poco más o menos larga o cambiar unos nombres por otros.

He dejado dos para ponerlos aquí al final, por la extrañeza que me produjeron.

Sentí en el primero el escalofrío de la profanación de la fórmula a la que me había habituado en la lectura del grupo A: *El haber recibido a...* Estaba aplicada al helado.

«Lo que más recuerdo fue el haber recibido el helado.»

Aquí se unía a la futilidad del recuerdo lo desafortunado de la expresión.

En la exhaustiva enumeración del segundo:

«Lo que más recuerdo es el desayuno, la caja de bombones de licor que me regalaron, los recordatorios, el traje, el tren eléctrico, lo bonito que estaban los bancos, el coche pulga, los cinco cuentos...», no sabemos si falta algo en el catálogo. Sólo notamos la ausencia de Alguien.

La correlación de este grupo con el ambiente familiar es más estrecha que en las anteriores. El ser el más numeroso nos señala una realidad triste. Y no cabe argüir que por sus características psicológicas, el niño pudo haber volcado ocasionalmente su atención hacia los fuegos artificiales de la ceremonia o hacia los dones más sensibles de los obsequios. Sus mismas características psicológicas son las que acusan ordinariamente el impacto que ha producido recibir a Jesús en su alma, como cuando vimos en el grupo primero, que la primera comunión era un final de etapa en la educación progresiva de la fe. Si bien admitimos que un niño, a quien, por el ambiente familiar y la educación religiosa, le correspondiese el grupo A, pudiera hallarse situado en el grupo B y hasta en el C, me atrevo ahora a asegurar que ninguno del grupo familiar «A» podría encontrarse en el grupo «D» de la encuesta. Y serían raras las excepciones de los que, perteneciendo a los grupos «B» o «C», aparecerían deslizados al «D».

Este eclipse total de lo religioso en el recuerdo infantil sólo puede producirse en la sombra que proyecta una familia que vive a espaldas de la luz de los principios evangélicos. En la multiplicidad de recuerdos del niño sólo hay una ausencia. La ausencia esencial. De esa alma que sentirá en el camino de su vida la orfandad divina podemos decir, con palabras de Bossuet: «En ella todo es dios menos Dios.»

#### CONCLUSIONES

Afirmé en la introducción (no niego lo cómodo del recurso) que dejaba las deducciones prácticas al lector. Bien estará, no obstante

esto, que añada algunos comentarios a guisa de conclusiones. Completaré con ello algunos conceptos no muy manifiestos en las páginas precedentes.

La posesión de unos criterios de acción no nos asegura el que siempre se vean traducidos en realizaciones. Además, la familia prepara el acontecimiento social, mientras la parroquia o la escuela cuidan de lo religioso. De esto se deduce la importancia de que estas últimas instituciones vayan eliminando las desviaciones anteriormente calificadas de sociales. Que se fijen menos en formalidades ritualísticas y ceremoniales y llenen el posible vacío del hogar despertando o formando el sentimiento del niño.

Interesa más, atendiendo a las características psicológicas a las que tantas veces me he referido, infundir en el niño un profundo amor a Jesucristo en la Eucaristía, que intentar profundizar en el conocimiento del misterio eucarístico por las débiles mentes infantiles.

La actitud más radical y eficiente será remontarse en la catequesis al seno mismo del hogar. Exigencia que no sólo hace referencia a este punto concreto de la Primera Comunión, sino a la totalidad de la vida cristiana, a la que está vinculada aquélla.

La recristianización de las familias puede empezar por una catequesis del sacramento del matrimonio en los futuros esposos, continuada por la del bautismo en la de los futuros padres. En la Catequesis se puede insistir acerca de las obligaciones de la paternidad espiritual para con sus hijos, las exigencias fundamentales de su estado matrimonial y de su condición de padres. Quizá juzgue alguno que nos hemos remontado muy arriba; mas pensemos que cuando el germen del futuro gusano fue depositado en la flor, resulta después inútil sulfatar el fruto.

En una fecha más próxima a la Primera Comunión se puede ir reuniendo a los padres, una vez al mes, por ejemplo, durante el curso que la prepara y aprovechar para infundirles los criterios fundamentales de vida cristiana, junto a las normas prácticas. Pensaremos que muchos se desentenderán; pero otros pueden verse comprometidos. El catequista tiene aquí una extraordinaria oportunidad para hacer fructífera labor. Si esto puede parecer demasiado ideal (la inercia vive «idealizando»), en los días más inmediatos, so pretexto de organización, de concretar día, de fijar hora, puede agruparse a los padres y tratar abiertamente con ellos, llegando como de la mano de lo más insustancial a lo más fundamental. Tanto los pastores de

almas como los educadores deben tener en cuenta que, como los niños en esta edad no tienen conciencia de la obligación, recae sobre aquéllos directamente una responsabilidad compartida con los padres <sup>10</sup>. ¿Saben éstos que sus hijos deben «sub gravi» <sup>11</sup> acercarse a la sagrada mesa a la edad de la discreción? ¿Que el decreto *Quam singulari* exige tener *cierto uso de razón, no el pleno uso*? ¿Que esta edad de la discreción no se puede fijar caprichosamente en una edad cronológica determinada? No creo tengamos todos clara conciencia de nuestra obligación al respecto. ¿Qué decir de aquellos padres que retrasan a veces caprichosamente, y otras injustificadamente, la Primera Comunión de sus hijos? <sup>12</sup>.

El Santo Pontífice Pío X ordenó que se leyera a los fieles la constitución líneas atrás citada, durante el tiempo pascual. Se descuida ordinariamente este precepto, y si bien puede tener varias modalidades de cumplimiento, es lo cierto que algunas de sus exigencias no están en la conciencia del pueblo.

Hay que comprometer a los padres, responsabilizarlos en este asunto. ¿Qué papel desempeña hoy, en los grandes ceremoniales de la Primera Comunión, la comunidad cristiana? ¿Por qué todo el ceremonial, cantos, diálogos, va dirigido a los niños y no asocia en algún punto a sus progenitores? A lo menos, y es otro aspecto importante, se debe procurar que los padres acompañen a sus hijos a la sagrada mesa. Pero en una compañía física, próxima. El niño vincularía más este acto a la comunidad eclesial si fuese a comulgar entre su madre y su padre, que yendo en fila tras sus compañeros. En esta última circunstancia corre el peligro de vincularlo a un acto más, especial, eso sí, de la disciplina escolar.

Una de las direcciones fundamentales de la pastoral actual es la de la renovación litúrgica. Esta renovación lleva la misma orientación que la de la fe: Una vuelta a los principios, un remontarse a las fuentes, en el aspecto más dinámico y vitalizador de lo tradicional. No debe escapar a su atención el asunto que nos ocupa. Hay que hacer una poda en el ceremonial de la Primera Comunión, si no queremos lamentar, conforme hemos comprobado, que lo adjetivo devore a lo sustantivo.

Juan Manuel MARTÍN SÁNCHEZ

<sup>10</sup> Cf. Canon 859, párrafo 1.

<sup>11</sup> Cf. Cánon 860.

<sup>12</sup> El buscar que dos hermanitos la hagan el mismo año, y la «falta» de traje en las familias pobres, suelen ser las causas más ordinarias.